

# UNA SEÑAL PARA MORIR

## (CUENTO)

Alejandro Anaya Rosas\*

Sergio tuvo que apachucarse ante la brutal sequía que acosaba al pueblo. Su hermano mayor, como vidente de malos presagios, ya la había imaginado años atrás; así que cogió un morral de ixtle con sus arreos y marchó al norte, donde disfrutaba de una prosperidad restringida, una felicidad acotada dentro del anonimato. Pero Sergio sabía que él no era de otra parte, tenía la certeza de que abandonar su tierra significaba morir de soledad, y prefirió envalentonarse ante el ya marcado futuro del pueblo.

Por los apantles ya no circulaba el agua, se habían convertido en depósitos de arcilla, polvo, agrisadas lagartijas y piedrecillas amorfas. La intransigencia gubernamental había hecho podar la mayoría de los árboles, a veces por la simple sandez de erigir monumentos con bustos de héroes que no se parecían a nadie; sellando así la suerte de miseria del pueblo donde vivía Sergio con su madre y su hermana menor. Unos años antes, las promesas de opulencia de agua y fabulosas inversiones al campo habían deslumbrado a los pueblerinos. Ahora, embriagados de impasibilidad y un recelo bien fundado, decían que el gobierno tenía relación con el Demonio, pues esos de arriba eran “borrachos y mentirosos”.

“¿Y ustedes no?, si también son una bola de méndigos briagos, pinchis brigadales hijos de su...”, replicó el presidente municipal, sin saber que a falta de leche y agua tenían que tomar aguardiente y alimentar a los niños con pulque. “¿Qué acaso no sabe el cabrón que para que haya vida se necesita una sustancia líquida?” Después el descaro fue total. “Ya no siembren, ¿para qué?, eso de la siembra es pura pérdida de dinero y de tiempo”, dijo el secretario del presidente municipal, que se encontraba viendo el mar Caribe tumbado en una hamaca multicolor. Por eso muchos campesinos, como el

\* Maestría en Literatura Mexicana Contemporánea, UAM-A DCSH.

hermano de Sergio, prefirieron buscar suerte en la ciudad o pasar de ilegales al país del norte.

Pero Sergio no. Él no podía desamparar a su tierra, sentía una obligación ancestral ante el pedrerío que lo vio nacer.

Y a pesar de que el pueblo se fue deshabitando, y que la tierra se requemaba y pudría y se cuarteaba el suelo de tanta aridez, y que las mujeres se volvían estériles debido a la bestial desnutrición, y que las dos únicas vacas eran enclenques animales que semejaban fantasmales perros, Sergio asumió su destino con valentía firme y se quedó a morir allí: el pedrerío que lo había visto nacer también lo vería pasar a la otra vida.

Y no tardaría mucho en irse. Necesitaba una señal divina, un guiño providencial que llegó demasiado pronto: en una noche canicular de verano, cuando el bochorno licuaba de manera absurda los sueños con la realidad.

Sergio despertó a medianoche ensopado en un sudor que le desbarajustó el letargo, luego salió al fresco nocturno donde el aire no era tan fresco pues le quemaba los pulmones y los pies le ardían, era como pasar del horno al comal. No estaba del todo seguro de su estado de vigilia ni tampoco de habitar un sueño, por eso se dejó arrastrar por las mulas de su sino. Echó a andar hacia el volcán, que a esas horas de la noche era un coloso del más allá, la sombra del guardián del mundo, las penas del pueblo acumuladas una sobre otra para llegar al cielo.

La duermevela de Sergio era vaga y constante. Sus pisadas de sonambulismo se sumergían en un mar de polvo estancado bajo la noche del volcán, un torrente de lava. Todo alrededor era desierto, plano, liso como la tediosa nada. Mientras caminaba, de la aridez surgían estructuras enormes, casas plateadas venidas de otro mundo. Se acercó. Se intuyó dormido y gritó para que alguien lo despertara, pero no fue atacado por el miedo a nunca despertar, más bien quiso saber quién vivía en los edificios cósmicos. Y fue esa curiosidad la que le dio la certeza de que no estaba soñando un sueño ingrato. La luz del menguante volvió blancas las paredes extraterrestres en medio de aquella desolación. Se aproximó, y una brisa fresca, que por lo marítimo de su olor parecía venir de su onirismo a medias, o del infierno, le sacudió el alma, le renovó la lucidez y le acrecentó la duda.

Entró a una de las estructuras y fue golpeado por un hálito como de aguacero recién amainado; aquel relente, recuperado en hebras del olvido, le devolvió un chisquete de vida y se atenuaron sus pesa-

res. Escuchó un sonido insistente como de enjambre alborotado, pero delgado y remoto, casi primitivo. Aquel murmullo venía de una serpiente enorme y metálica, que por sus miles de bocas escupía agua para alimentar la vegetación eterna que rodeaba a Sergio. Luego sus ojos entristecieron, pues sabía que la vida de allí, allí se quedaría hasta el fin de los tiempos, encerrada en aquella enorme edificación translúcida y espacial, hasta que Dios volviera a la Tierra a saldar cuentas con los destartados pueblos de miseria. Se supo condenado a olvidar, tan pronto abandonara el paraíso, los colores luminosos de las miles de flores que tocaba y olía con exagerada cautela; y como tal, también fue consciente de que no podía coger algo: todos eran frutos prohibidos y el simple hecho de desearlos con la más sumisa humildad, ya no digamos poseerlos, significaba caer en el vacío malsano del Pecado Original. Desde dentro vio la mirada indiscreta de la luna que lo custodiaba, como vil soplón de Dios, para que no fuera seducido por la serpiente con alas que era un ángel de sotana negra. No quiso ver más allá de lo permitido, ni saber tanto como los sabios viejos, ni igualarse a ningún Dios. Más bien se resignó a desperdiciar anodinamente lo poquito que le restaba de vida.

De regreso a su casa, muy cerca del amanecer, escuchó el canto lejano de un gallo, casi tan lívido como el aire o el zumbido del avispero de las casas cósmicas del paraíso. Pensó que el gallo se iba del pueblo, que alguien se lo llevaba, pues cada vez lo oía más distante. El cielo era malva y hacía levitar la tierra, y a Sergio le ardía el cuerpo entero. Cuando llegó a su petate, se acurrucó en el recuerdo del vientre luminoso de Santa, la Nigromante del Porvenir, que semanas antes había estado en aquel terrenal bastardo haciendo sus trucos de auspicio. La bruja visionaria fue franca con Sergio; le había dicho que muy pronto recibiría la señal de la muerte, que no había nada que hacer y que cuando él la sospechara se dejara llevar por el olvido. Y así lo hizo. Se durmió. Se perdió en un sueño de tristeza, de humedad oceánica con olor a gardenia y a flor de nardo y a jazmín y a ramo de limpia, a sangre dulce y alimento; luego se sumergió en la vivificante y diáfana oscuridad de un líquido amniótico, y se supo atrapado pero pleno, tanto, que ya no quiso volver al pedrerío infame que lo había visto nacer.